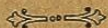


nar las cuatro páginas, puesto que el papel estaba en blanco y yo tenía una pluma. ¿Qué hacéis? ¿Por qué ese silencio? En amistad no hace falta estrechar lentamente, sino vivamente.—Espero una carta; ¿me la haréis esperar mucho tiempo? Espero, constantemente la copia de Pablo.—Ayer un pájaro que venía del Sur ha pasado sobre mi cabeza y le he gritado: «Pájaro, amiguito mío, ¿no has visto allá abajo por el camino un cuadro vagabundo? Nada vi, me ha respondido, más que la polvareda del camino. Vaya, eres muy desventurado, se te olvida.» ¿Ha mentido, no es verdad?

EMILIO ZOLA.



CARTAS A CEZANNE

XXVII

París, 30 diciembre 1859.

Mi querido amigo:

Quiero contestar á tu carta y no sé qué decirte. Me hallo delante de cuatro páginas en blanco y no tengo que anunciarte la más mínima novedad. No importa, dejo correr la pluma y te advierto por anticipado que no quiero ser responsable de las vulgaridades y faltas de ortografía que pueda cometer.

He pensado que Baille no ingresará en el colegio hasta primeros de año. Si no me equivoco esto te habrá dado un compañero durante unos días más. ¿Qué haces? Me aburro aquí; á veces creo que os divertís; pero, cuando reflexiono, pienso que ocurre lo mismo en todas partes y que en nuestros tiempos la alegría es una cosa muy rara. Entonces os compadezco como á mí mismo, y pido al cielo una dulce paloma, quiero decir una mujer amante. No sabes lo que rueda por mi cabeza desde hace algún tiempo. Como no te reirás de mí, te lo voy á confiar. Debes saber que Michelet en *El Amor*, no principia su libro sino cuando el matrimonio se ha consumado, no hablando así más que de los esposos y no de los amantes. Pues bien, yo, el miserable, tengo el proyecto de describir el amor naciente y de conducirlo hasta el matrimonio. No puedes ver todavía la dificultad de esto que quiero emprender. Llenar trescientas páginas



casi sin intriga; una especie de poema en el cual debo inventarlo todo, donde todo debe concurrir á un solo fin: ¡jamar! Y además, como ya te he dicho, ¡no he amado ni he sido amado más que en sueño! No importa; como me siento capaz de un gran amor, consultaré á mi corazón, forjaré cualquier bello ideal y *probablemente*, pueda llenar mi objeto. De todos modos, si hago este libro, no lo empezaré hasta primavera; si lo creo digno de aparecer, te lo dedicaré á ti, que lo harías mejor que yo, si lo escribieses, á ti cuyo corazón es más joven y más amante que el mío.

Mi carta se llena; pero bien tristemente. Quisiera tener algo muy chusco que contarte, algo alegre que pudiera hacerte sonreír. Pero no yendo á parte alguna conozco bien poco de los asuntos de fuera y me veo forzado á decirte lo que ocurre en mi casa. Perdona si mis pensamientos se embrollan un poco. No hablaremos de política; no lees el periódico (cosa que yo me permito) y no comprenderías lo que quisiera decir. Te diré sólo que el papa está muy atormentado por ahora, y te recomiendo leer alguna vez *El Siglo*, porque el momento es muy curioso. ¿Qué decirte para acabar alegremente esta misiva? ¿Te daré valor para subir al ataque la muralla, ó bien te hablaré de pintura y de dibujo? ¡Maldita muralla, maldita pintura! La una está á prueba de cañón, la otra se encuentra sujeta al veto paternal. Cuando te lanzas contra el muro, grita tu timidez: «¡no irás muy lejos!» Cuando coges los pinceles: «Niño, niño—te dice tu padre,—¿piensas en el porvenir? ¡Se muere con genio y con el dinero se come!» ¡Ay! ¡ay! mi pobre Cézanne, la vida es una bola que no rueda siempre hacia donde la mano quisiera impulsarla.

Te estrecho la mano. Mis respetos á tus padres. Saluda á Baille si está todavía en Aix; *escribeme á menudo*.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Me olvidaba de felicitarte por Año Nuevo; ¡es tan ridículo avergonzarse escribiendo! Pero esta es la costumbre, así pues: ¡Buen año! ¡Buen año! ¡Buen año!

Puesto que has traducido la segunda égloga de Virgilio, ¿por qué no me la envías? Gracias á Dios no soy una jovencita y no me escandalizaré. No he visto todavía á Villevieille. Le daré todos tus saludos á la vez. Si ves á Houchard, ruégale que me escriba y estréchale la mano.

XXVIII

París, 5 enero 1860.

He recibido tu carta. He fumado una pipa—poseo una pipa desde primero de año, una hermosa pipa de espuma, que *culoto* magníficamente—y he visto volitigear en el humo del tabaco mil pensamientos que te comunico sobre la marcha, creyendo distraerte.

Me pides que te hable de mis amadas; mis amores están en sueño. Mis locuras consisten en encender mi fuego por la mañana, en fumar mi pipa y en pensar en lo que he hecho y en lo que haré. Ya ves que no son muy costosas y que no perderé por ellas la salvación. Todavía no he visto á Villevieille; á la primera ocasión haré el papel de llave maestra. Respecto á Catalina, mi madre debe escribirle dentro de poco.

Dices que has leído mi folletín. Temo que no se haya comprendido como ocurrió con *Mi duende*. La pobre Sífide amorosa, como ha debido arrancarse las bellas alas y la corona, no ha debido parecer más que un hada vulgar ¡y yo me habia representado tan bella y tan riente! Para mí estaban las almas de los dos amantes reunidas en una sola y cantando este himno del Amor que la tierra entona desde hace seis mil años. ¡Ah! temo que no se haya comprendido.



Debes saber que no soy, ni mucho menos, un favorito de la Fortuna, y que desde hace algún tiempo, me appena verme hecho un mozo de veinte años al cargo de mi familia. Por eso estoy decidido á hacer cualquier cosa, á ganar el pan que me coma. Pienso entrar dentro de quince días, poco más ó menos en la administración de los Docks. Me conoces y sabes cuánto amo mi libertad; por eso debes comprender cuál será mi esfuerzo para resolverme; pero creería cometer una mala acción no obrando así. Tendré todavía mucho tiempo para mí y podré dedicarme entonces á las ocupaciones que me gustan. Estoy lejos de abandonar la literatura—se abandonan difícilmente los sueños—y trataré de gastar el menor tiempo posible en mi empleo, que sin duda alguna me resultará pesado. Ya te lo decía en mi última carta, la vida es una bola que no rueda siempre hacia donde la mano quisiera impulsarla. Y cree que no dejo con placer mis libros para ir á sentarme en una silla y garrapatear malas copias. Pero no ocurrirá constantemente lo mismo; seré siempre el poeta que divaga, el Zola que es tu amigo. Después de haber sacudido en mi puerta el polvo de mi oficina, vuelvo á coger la pluma para continuar mi poema interrumpido ó tu carta comenzada. Es una necesidad y me conformo con ella, aportando mis modestos cambios.

He leído esta frase en uno de los últimos folletines de Gant: «Cuando se experimenta el calor de los estómagos hartos, hace subir el bermellón de la satisfacción.» ¿Qué dices tú? Jamás los afectados inventaron cosa mejor. Es falso, estirado, de un gusto atroz.

Ya ves, querido amigo, que te he contestado largamente. Y todavía no lo he dicho todo y bastante bien lo que quería decir. No importa; deseo que ésta te distraiga un instante.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

## XXIX

París, 16 enero 1859.

Mi querido Cézanne:

Encontrándome á la cabeza de la enorme suma de veinte céntimos, y no sabiendo en qué emplearla dignamente, he pensado que era justamente lo que faltaba para charlar un poco contigo. Voy á llenar mis cuatro páginas y como Dios, después de haber hecho el mundo, me diré: ¡Esto es bueno!

He leído á Dante y ve la frase que he encontrado en el canto V de *El Infierno*: «El amor que no hace la gracia de amar á ningún sér amado, etc.» Y me he dicho que Dios quiere que el gran poeta tenga razón. Conozco en el mundo á un excelente muchacho que ama bien y yo quisiera que el amor no hiciese gracia á la mujer á quien él ama; sería gran alegría en el corazón de este querido amigo; y por lo menos cuando la Muerte tendiese hacia él sus secas garras: «No te temo—podría decirlo;—he conocido el amor y puedo morir.» Y como Victor Hugo exclamaría:

Ya puedo ahora decirle á los rápidos años:

—«¡Pasad, pasad deprisa! ¡Yo no he de envejecer!  
¡Andad con vuestras flores que están todas marchitas;  
yo llevo una en el alma que nadie ha de coger!

Ultimamente he descubierto en casa de uno de mis conocidos un viejo grabado. Lo encontraba delicioso y no salía de mi admiración, cuando ví que estaba firmado por Greuze. Es una campesina grande y de rara belleza de formas; se diría una diosa del Olimpo, pero de una expresión tan natural y tan graciosa que su belleza se cambia casi en gentileza. No se sabe lo que se debe admirar más, si su figura provocadora



ó sus brazos magníficos; mirándolos, se siente una presa de un sentimiento de ternura y de admiración. Conozco demasiado poco el dibujo, no sé si el grabado es bueno; pero sé que me gusta. Por otra parte, Greuze fué siempre mi favorito, y he permanecido largo tiempo ante esta agua-fuerte, prometiéndome amar al original, si puede tener uno, un tal retrato, sin duda un sueño del autor. ¿Conoces á Ronsard? Indudablemente no. Pues bien, ahí van unos versos de este poeta:

Vamos á ver si la rosa  
que desplegó esta mañana  
su traje purpúreo al sol,  
ha perdido ya está tarde  
los encantos de su púrpura  
y su tez fina y fragante  
como la tuya, Mignón.

¡Y decir que el señor Despréaux ha tenido la audacia de criticar á un hombre capaz de escribir tales cosas! ¡Boileau! ¡un enuco! un poeta que no quiere en un verso más que una cesura y una rima. Como ha dicho tan bien Alfredo de Musset, el autor de *Facistol*, en lugar del néctar de los poetas de la edad media, no escanciaba á sus lectores más que *tisana helada*.

Paris se presenta triste á la vista como una dueña gruñona, como un cuadro del divino Chaillan, el inmortal inventor de un inmortal modo de engordar. El sol está cubierto de cieno, el cielo de nubes, las casas de un desagradable estuco, las mujeres de afeites de todos los colores. Aquí cubre siempre la cara una máscara; y cuando se ha desenmascarado un objeto, no se está seguro de que lo que se ve sea el objeto mismo, pues probablemente es una segunda máscara. ¡Dios mío, en qué frases me embarco! Quisiera decirte sencillamente que hace mal tiempo, y me encuentro en pleno carnaval.

Estoy triste como el tiempo; por consecuencia, razonando, como un retrato del sublime Chaillan, el sublime autor de tu sublime retrato. ¡Ay! ¿Te acuerdas de aquel tinte amarillo que descoloraba tus mejillas, de aquel tinte gris que pasaba sobre tu frente, parecido á la nube gris que los novelistas, cuando son grises, ponen en las frentes de sus grises héroes? ¡Ay! te acuerdas de todas aquellas bellas cosas que adornaban el cuarto del dicho Chaillan, y que, rosas, han vivido lo que viven las rosas? ¡Feliz pícaro! te ha hecho tu retrato este gran artista; hasta con buenos colores... ¡y sin pagar!

Estoy triste y me río de dientes á fuera. ¡Oh! Si Júpiter, Neso, Dios, el gran Todo, cualquiera que sea su nombre, me diera un momento su poder! ¡Qué regocijado sería este pobre mundo! ¡Volvería á llamar sobre él la antigua alegría de los galos; engrandecería los litros y las botellas; haría cigarros más grandes y pipas más profundas. El tabaco y el *vermouth* se darían de balde; reinaría la juventud y para que todo el mundo fuese rey, aboliría la vejez; diría á los pobres mortales: «Bailad, amigos míos; la vida es corta y no se puede danzar en el ataúd; puesto que la rama se inclina hacia vosotros, coged los frutos; atrás los hombres graves, atrás los celosos, atrás los prosaicos; y bebamos fresco, ¡voto á bríos! Y á estos desventurados amantes, cómo los acariciaría, cómo los favorecería! Engrandecería los boscajes, haría más verde el césped, los árboles más frondosos. Aquel que no amara sería condenado á muerte, y los más fieles llevarían una flor. Cada oveja encontraría su pareja, y nacerían tantos hombres como mujeres, y cada pareja futura, nacerían con un mismo signo que les permitiría encontrarse en medio de la muchedumbre. Y yo les diría á nuestros queridos amorosos lo que Amorosa decía á Odette. Señalaría mi divinidad por un acto de justicia. Me buscaría una compañera; después abdicar-



ría para perderme con ella, los pies en las flores y la frente en el sol.

Te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

No sé lo que acabo de escribir.—Escríbeme y divaga lo más posible.

XXX

París, 9 enero 1860.

Mi querido amigo:

Desde hace algunos días estoy triste, muy triste y te escribo para distraerme.

Estoy abatido, incapaz de escribir dos palabras, inútil para dar un paso. Pienso en el porvenir y lo veo tan negro, tan negro que retrocedo espantado. Carezco de fortuna, de juicio; no tengo nada más que descorazonamiento. Ningún ser en quien apoyarme, ninguna mujer, ningún amigo cerca de mí. Por todas partes indiferencia ó menosprecio. Tal es lo que se presenta á mis ojos cuando los dirijo al horizonte, eso es lo que produce mi disgusto. Dudo de todo y de mí el primero. Hay días que me creo sin inteligencia, en que me pregunto en qué pensaba para haber hecho sueños tan orgullosos. Ni he acabado mis estudios, ni sé siquiera hablar bien en francés; todo lo ignoro. Mi educación de colegio no me puede servir de nada: un poco de teoría y ninguna práctica. ¿Qué hacer entonces? Y mi espíritu está perplejo y véme triste hasta la noche. La realidad me aprisiona y, á pesar de esto, sigo soñando. Si no tuviese familia, si contase con una módica suma diaria me retiraría al campo y viviría como un ermitaño. El mundo me importa poco; haré una triste figura, si vivo en él cualquier día. Por otra parte, no seré jamás millonario; el dinero no es mi

elemento. Así, no deseo más que la tranquilidad de un modesto bienestar. Pero esto es un sueño; allá donde dirijo mis ojos sólo veo lucha, y, á menudo, no veo muy distintamente. Ignoro á dónde voy y siento los pies con miedo, sabiendo que la ruta que he de recorrer está bordeada de precipicios. Y menos mal, si tuviese alguna alegría que viniera á confortar mi corazón, si, cuando estoy demasiado triste, supiese dónde ir á distraerme. Desde que estoy en París, no experimenté un minuto de felicidad; no veo aquí á nadie y me encierro en el rincón de mi chimenea con mis tristes pensamientos y algunas veces con mis buenos sueños. A ratos estoy alegre, cuando pienso en tí y en Baille. Me considero feliz de haber descubierto entre la muchedumbre dos corazones que hayan comprendido el mío. Me digo que cualquiera que sea nuestra posición, conservaremos los mismos sentimientos y esto me consuela. Me veo rodeado de seres tan insignificantes, tan prosaicos, que es para mí gran ventura conocerte, á tí que no eres de nuestro siglo, á tí que inventarías el amor, si no fuera tan vieja invención, aun no revistada ni perfeccionada. Tengo como cierta gloria el haberte comprendido y juzgarte por lo que vales. Dejemos, pues, á los malvados y á los celosos: la mayoría de la humanidad es estúpida; no tendremos la aprobación del mayor número; pero ¿qué importa, si encuentras placer en estrechar la tuya?—He aquí dos páginas y media de negruras, y aun no te he dicho nada de lo que deseaba; no te he explicado todavía por qué estoy triste. Es que lo ignoro yo mismo y me contentaría con agregar, que probablemente me desespero porque no tengo á nadie que me consuele.

El carnaval termina. Apresúrate á hacer locuras para contármelas. Si no se divierte uno más es porque la reina Bacanal ha abdicado á favor de la reina Aburrimiento. Se han retirado los batientes de cascabele

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1865 MONTREPOS, M.



les y reventado los panderos. ¡Apresúrate á hacer locuras! Sin duda Baille irá á verte el martes de carnaval. Tratad de dejar los frascos, las botellas y los vasos vacíos. Inventad algo gracioso que provoque mi risa.

Escribeme á menudo y háblame de ti.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

### XXXI

París, 3 marzo 1860.

Mi querido Pablo:

No sabré decirte por qué, pero tengo tristes sentimientos sobre tu viaje, y espero en fecha más ó menos próxima tu llegada. Tenerte junto á mí; hablar los dos como solíamos, la pipa entre los dientes y el vaso en la mano, me parece una cosa tan maravillosa, tan imposible que hay momentos en que me pregunto, si no abuso de mi confianza, si este bello sueño debe realizarse. Se ha abusado tanto de las esperanzas que la realización de una de ellas asombra y no se cree en ella hasta verla realizada por los hechos.—No sé de qué lado soplará el huracán, pero siento algo así como una tempestad sobre mi cabeza. Has luchado dos años para llegar al punto en que te encuentras; me parece que después de tantos esfuerzos la victoria no será completa sino con nuevos combates. Así, ahí tienes al señor Gilberto que tantea tus intenciones y que te aconseja permanecer en Aix; maestro que ve sin duda con sentimiento escapársele un discípulo. Por otra parte tu padre habla de informarse, de consultar al susodicho Gilberto, conciliábulo de donde resultará la traslación de tu viaje para el mes de agosto. Todo esto me hace estremecer; temo recibir una

carta tuya en la que, con muchos lamentos me anuncies un cambio de fecha. Estoy tan acostumbrado á considerar la última semana de marzo como el fin de mi aburrimiento, que me será muy penoso, no habiendo hecho provisión de paciencia más que hasta allí, encontrarme solo en esta época. En fin, recordemos la gran máxima: dejemos correr el agua, y veremos lo que el curso de los acontecimientos nos trae de bueno ó de malo. Si es peligroso esperar demasiado, es mucho peor desesperar de todo; en el primer caso, no se arriesga más que la alegría futura, mientras que en el segundo, se entristece uno sin causa.

Me presentas una cuestión singular. Ciertamente que aquí como en todas partes se puede trabajar teniendo voluntad. París te ofrece, además, una ventaja que no podrás encontrar en otra parte; la de los museos donde puedes estudiar los grandes maestros desde las once hasta las cuatro. He aquí como podrías distribuir tu tiempo. De seis á once, irías á su taller á pintar ante modelo viviente; almorzarías; desde el mediodía hasta las cuatro á copiar, sea en el Louvre sea en Luxemburgo, la obra maestra que te plazca. Esto hará nueve horas de trabajo; creo que basta y que, con un buen régimen, no puedes tardar en pintar bien. Ya ves que nos quedará toda la noche libre, que podremos emplear como mejor nos parezca, sin perjudicar en nada nuestros estudios. Después, los domingos emprendemos el vuelo y nos iremos á cualquier lugar de los alrededores de París; hay sitios encantadores y podrás trasladar á la tela los árboles bajo los cuales habremos almorzado. Soy perezoso para los trabajos de bruto, para las ocupaciones que no ocupan más que el cuerpo y obscurecen la inteligencia. Pero el arte que ocupa al alma, me enajena, y á menudo cuando estoy acostado descuidadamente es cuando trabajo más. Hay una atrocidad de gente que no comprende esto, y no soy yo el que me encargaré de hacérselo comprender. Por otra parte no somos galopi-



nes, y nos hace falta soñar en el porvenir. Trabajemos, trabajemos; es el único medio de llegar.

Respecto á la cuestión pecuniaria, no teniendo más que ciento veinticinco francos mensuales, no te permitirán un gran lujo. Quiero hacerte el cálculo de lo que podrás gastar: una habitación de veinte francos por mes, un almuerzo de noventa céntimos y una comida de un franco diez céntimos, esto es, dos francos diarios, ó sesenta francos mensuales; agregando los veinte francos de habitación, son ochenta francos por mes. Tienes que pagar en seguida un taller; el de Suisse, como de los menos caros, creo que costará diez francos; añade otros diez, de lienzo, pinceles y colores y tienes cien francos. Te quedarán veinticinco para la ropa blanca, luz, las mil necesidades en pequeño que se presentan, tu tabaco, tus modestos placeres; ya ves que tendrás lo justo, y te aseguro que lejos de exagerar disminuyo. Además esto será una buena escuela para ti; aprenderás lo que vale el dinero, y cuanto un hombre de espíritu debe siempre hacer. Te lo repito para no descorazonarte; puedes bastarte.—Te aconsejo que hagas á tu padre el cálculo anotado; probablemente, la triste realidad de las cifras, le hará aligerar un poco más su bolsa.—Por otra parte, podrás proporcionarte aquí algunos recursos por ti mismo. Los estudios hechos en los talleres, sobre todo las copias tomadas en el Louvre, se venden muy bien; y aunque no hagas más que una mensual, te bastará para tus modestos placeres. El todo está en encontrar un marchante lo cual es una cuestión de rebusca. Ven pronto, una vez asegurados el pan y el vino, se puede uno dedicar sin peligro á las artes.

He aquí mucha prosa, muchos detalles materiales; pero como es cosa que te concierne y es además útil, espero que me lo perdonarás. Este diablo de cuerpo es embarazoso á veces, se le arrastra por todas partes y por todas partes tiene exigencias terribles. Tie-

ne hambre, frío ¿yo qué sé? y siempre el alma que querría hablar y que á su turno, se ve obligada á callarse y á permanecer como si no existiese para que este tirano se satisfaga. Afortunadamente se encuentra cierto placer en el contentamiento de sus apetitos.

Escribeme por lo menos antes del 15 para asegurarme y decirme los nuevos incidentes que puedan presentarse. En todo caso, espero que me escribas la víspera de tu partida diciéndome el día y la hora de tu llegada. Iré á esperarte á la estación y te llevaré en seguida á almorzar en mi docta compañía.—Ya te escribiré antes.—Baille me ha escrito. Si lo ves antes de partir, hazle prometer que vendrá á buscarnos en el mes de septiembre.

Te estrecho la mano; mis respetos á tus padres.  
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXXII

25 marzo 1860.

Mi querido amigo:

Hemos hablado á menudo de poesía en nuestras cartas, pero las palabras pintura y escultura se han escapado raras veces por no decir ninguna. Este es un grave olvido, casi un crimen, que quiero tratar de reparar hoy.

Acaba de ser descubierta la fontana de Juan Goujon que ha sido reparada. Está situada sobre el emplazamiento que antes se conocía con el nombre de la *Coux des Miracles*, y rodeada por un delicioso jardinillo—lo que, entre paréntesis, muestra la versatilidad de las cosas terrestres. Esta fontana, género Renacimiento, afecta una forma cuadrada; está coronada por una cúpula y horadada por cuatro aberturas á



medio punto, una por cada cara. En cada uno de los lados de estas aberuras hay un bajorrelieve muy estrecho y muy largo, lo que hace dos bajorrelieves por cara, ó sean, ocho en todo el monumento. Cada uno de estos representa una náyade, así lo indica una lápida de mármol negro con estas palabras: *Fontina nymphus*. Te aseguro que son encantadoras diosas, graciosas, sonrientes como la que desearía para distraerme en mis momentos de aburrimiento. Por otra parte, conoces el genio de Juan Goujon; debes acordarte de esas dos bañistas que son debidas á su cincel y que yo describía, tan lamentablemente un día en la casa de Villevieille. Además de los dichos medios puntos hay otros bajorrelieves, amorcillos con banderolas. La misma gracia, la misma finura de líneas, el mismo hechizo en el conjunto. En fin el agua cae en cascada de tazón en tazón.—Te hablo de esta fontana, porque me he pasado las horas muertas contemplándola, y, lo que es más, á menudo me aparto de mi camino para lanzarle una mirada de amor. ¡No puedo expresar, en mi fría descripción, toda su elegancia, toda su graciosa simplicidad! Así una de nuestras primeras correrías, cuando te encuentres aquí, será la de ir á ver el objeto de mi admiración.

El otro día, paseando por los malecones he descubierto dos grabados de Rembrandt riquísimos. Como dice Rabelais, vi detrás de no sé qué zarzal, no sé qué gentes, haciendo no sé qué, y no sé de qué modo, afilando no sé qué herramientas, que tenían no sé dónde, y no sé de qué manera.—Los extremos se tocan; al lado estaban colgados unos grabados de Ary Scheffer: *Francisca de Rimini*, la *Beatriz* de Dante, etc.

No sé si conoces á Ary Scheffer, este pintor genial muerto el año pasado: en París sería un crimen decir que no; pero en provincias esto no es más que una gran ignorancia. Scheffer era un amante apasionado del ideal, todos sus tipos puros, aéreos, casi diá-

fanos. Era poeta en toda la acepción de la palabra; no pintaba casi lo real y abordaba los asuntos más sublimes y más delirantes. ¿Quieres nada más poético, de una poesía extraña y lastimosa que su *Francisca de Rimini*? Tú conoces el episodio de *La Divina Comedia*: Francisca y su amante Pablo son castigados, por su lujuria, en el Infierno por un viento terrible que siempre les lleva enlazados, que les hace dar vueltas en el espacio sombrío continuamente. ¡Qué asunto tan magnífico! ¡pero también, qué escollo! ¿Cómo expresar el abrazo supremo de estas dos almas que quedan unidas para siempre para sufrir las penas eternas? ¿Qué expresión dar á estas fisonomías en las que el dolor no ha borrado el amor? Trata de procurarte el grabado y verás que el pintor ha salido victorioso de la lucha; renuncio á describírtelo; perdería el papel sin lograr siquiera darte idea.

Scheffer, el espiritualista, me hace pensar en los realistas. Jamás he comprendido bien á esos señores. Tomo el asunto más realista del mundo, un corral de alquería: el estercolero, los patos chapuzándose en un arroyo, á la derecha una higuera, etc., etc. Ahí tienes un cuadro que parece desnudo de poesía. Pero que venga un rayo de sol que haga brillar como el oro la amarilla paja, espejear los charcos de agua, que se deslice por entre las hojas del árbol, que se quiebre allí y vuelva á salir en haces de luz; que además se haga pasar por el fondo una niña vivaracha, una de esas campesinas de Greuze, echando grano á su pequeño mundo de volátiles: desde tal momento, este cuadro ¿no tendría también su poesía? ¿no se detendrá uno encantado, pensando en esta alquería, donde se ha bebido buena leche un día en que el calor era agobiante? ¿Qué queréis, pues, decir con esta palabra de realista? ¿os envanecéis de no pintar más que cuadros desnudos de poesía? Pero cada cosa tiene la suya, el estercolero como las flores. ¿Ocurrirá esto porque pretendéis imitar á la naturaleza servilmente?



Mas, entonces, puesto que gritáis tanto á propósito de la poesía, ¿es decir que la naturaleza es prosaica? ¿Habéis mentido? Es por tí por quien digo esto, señor amigo, señor gran pintor futuro. Es para decirte que el arte es uno, que *espiritualista, realista* no son más que palabras, que la poesía es una gran cosa y que fuera de ella no hay salvación.

El otro día he tenido un sueño.—Había escrito un hermoso libro, un libro sublime que habías ilustrado con bellos y sublimes grabados. Nuestros nombres brillaban en letras de oro, unidos en la página primera, y en esta fraternidad de genio, pasaban inseparables á la posteridad. Desgraciadamente esto no es todavía nada más que un sueño. Moral y conclusión de estas cuatro páginas.—Debes satisfacer á tu padre terminando tu Derecho lo más asiduamente posible; pero debes trabajar en el dibujo con firmeza—*unquibus et rostro*—para llegar á ser un Juan Goujon, un Ary Scheffer, para no ser un realista, en fin para poder ilustrar cierto volumen que bulle en mi cerebro.

Me pides la continuación de *La Mascarada*. No puedo satisfacer tu deseo por la sencilla razón de que, hasta la fecha, esta continuación no existe. El fragmento que envié fué hecho en enero; después no sé lo que ocurre en mi cabeza, he abandonado completamente esta obra para ponerme á escribir un pequeño proverbio en verso, que acabo de terminar: ¡cualquier cosa! como novecientos alejandrinos. Es probable que continúe los hechos y gestas del melancólico Hermann; de todos modos no bien haya una continuación te la enviaré.

Respecto á tus excusas, sea para el envío de grabados, sea por el pretendido aburrimiento que me produces con tus cartas, me atrevería á decirte que son el último grado del mal gusto. No piensas lo que dices y eso me consuela. Sólo me lamento de una cosa y es que tus epístolas sean cortas y poco detalladas. Las espero con impaciencia y me dan alegría para

un día. Ya lo sabes; por consiguiente no te excuses.—Preferiría no fumar, no beber á que cesase mi correspondencia contigo.

Me escribes que estás muy triste; te respondería que estoy muy triste, muy triste. Es el viento del siglo que ha pasado sobre nuestras cabezas; no debemos acusar á nadie ni á nosotros mismos; la culpa es de los tiempos en que vivimos. Agregas después que si te he comprendido, tu no llegas á comprenderte. Ignoro lo que entiendes por esta palabra *comprendido*. Para mí vé lo que es: he reconocido en tí una gran bondad de corazón una gran imaginación, las dos primeras cualidades ante las cuales me inclino. Y esto me basta; desde este momento te he comprendido y te he juzgado. Cualquiera que sean los decaimientos de tu ánimo, cualquiera que sean tus errores serás siempre el mismo para mí. No existe más que la piedra que no cambie nunca, que no salga de su naturaleza de piedra. Pero el hombre es todo un mundo; el que quisiera analizar los pensamientos de uno solo durante un día, sucumbiría en su obra. El hombre es inncomprensible, cuando se le quiere conocer hasta en sus más ligeros pensamientos. Pero á mí, ¿qué me importan tus contradicciones aparentes? Te he juzgado bueno y poeta y lo repetiré siempre: «Te he conocido.»

¡Pero mal haya la tristeza! Terminemos por una carcajada. Fumaremos, beberemos, cantaremos en el mes de agosto. La pereza es una bella cosa. Puesto que la vida es maldita y corta, vamos á tendernos al sol á hablar; burlémonos de los tontos, y esperemos que la muerte pase y nos lleve tan políticamente como á nuestro vecino que ha pasado su vida á la sombra, sin hablar, viviendo como un oso, á fin de amasar un poco de oro.

Te estrecho la mano.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.